

cata, como efectivamente lo ejecutó desde lo alto del dicho templo, oyéndolo todo el concurso con gran silencio.

Concluida la funcion, volvieron á la ciudad, y por orden de su señor puso en ella dos gobernadores, uno de la misma nacion tolteca, llamado Tlotzin, y otro de la chichimeca, llamado Chicatzin Quinantzin, para que cada uno cuidase del gobierno de su respectiva nacion, atento á que aquella gran poblacion se componia de una y otra, y cada una en sus negocios acudiese á su gobernador. Hecho esto se dividieron los siete capitanes, dirigiéndose cada uno á aquellas poblaciones que para su gobierno habian sido encomendadas á cada uno de sus soberanos, y en todas publicaron el mismo bando.

CAPITULO XXXVIII.

Dase noticia del estado que por estos tiempos tenian las provincias de Huexutzinco y Tlaxcallan, y los señores que mandaban en esta ultima. Llega á ellas el príncipe Nezahualcoyotl, y es bien recibido; pero no se atreven á ayudarle por entonces, dándole esperanzas para tiempo mas oportuno. Vuélvese el príncipe á los estados de Tezcoco, y disfrazado oye el bando de Tetzotzomoc contra él: continúa su peregrinacion de este modo, y quita la vida á una muger que intentaba descubrirle.

Ya dejo dicho en varias partes la relacion de parentezco que tenian los señores de Tlaxcallan con los emperadores de Tezcoco, porque descendian aquellos del infante Xiuhquetzaitzin, ó Culhua Tecuhtli Quanax, de quien era tercer nieto el príncipe Nezahualcoyotl.

La alianza con los señores de Huexutzinco era por Matlalzihuatzin, ó Quetzalzihuatzin, madre de Nezahualcoyotl, hija del rey Acamapichtli segundo de Méjico, y de Tezcamihauatl, hija de Coxcox, príncipe exheredado de Cohuatlican, nieta de Acolmixtli, y bisnieta de Huetzin, rey de Cohuatlican de quien descendian los señores de Huexutzinco como queda ya dicho en sus propios lugares.

No he podido hallar, aunque lo he solicitado con eficacia, documento alguno que me instruya de la historia Huexutzinca, esto es, el modo y circunstancias, principio y progreso del gobierno de esta que tambien fué república libre, gobernada por su senado, del que eran los principales miembros cuatro señores, que tenían sus cortes y casas en otras cuatro cabeceras, en que estaba repartida su capital, con la de Tlaxcallan; pero no nos dejaron noticia de los nombres de estas cabeceras, ni de el tiempo en que se fundaron, ni de los señores que gobernaron en ellas, porque hasta estos tiempos solo hallo en las historias tlaxcaltecas el nombre del señor que gobernaba al tiempo de la rebelion de Tlaxcallan y sitio de su capital, que fué por los años de mil trescientos ochenta y cuatro, que dicen se llamaba Xiuhlehuitecuhtli, y hablan de él como de único señor, segun dejo ya reflejado en el capítulo XXIII.

Los historiadores chichimecas, refiriendo el suceso de que vamos tratando, y la venida de Nezahualcoyotl á esta república, dicen que á la sazón gobernaban en ella dos señores, llamados Xayaacamachan y Temayahuatzin, y en adelante se hallarán los nombres de otros de estos señores, que por incidencia apuntan los historiadores de las otras naciones, porque actualmen-

te gobernaban esta república al tiempo en que acaecieron los sucesos que refieren de sus historias. Pero la sucesion de unos á otros de estos señores huexutzincas, su número, y las demas circunstancias de su gobierno y policía, no he podido averiguarlo. Lo que no admite duda es que estos señores descendian de los reyes de Cohuatlican, que fueron libres é independientes; que su gobierno fué tambien aristocrático como el de Tlaxcallan, y repartida igualmente su capital en cuatro cabeceras.

Esta antigua ciudad de Huexutzinco no es la misma que hoy subsiste con este nombre, porque estaba situada una legua mas arriba, en la medianía de la falda de la sierra nevada, y allí se extendia mucho, de suerte que cuando entraron en estas tierras los españoles asientan que llegaba su poblacion á cuarenta mil vecinos. Despues de la conquista se destruyó enteramente esta poblacion, y no ha quedado vestigio alguno por donde pueda conocerse el sitio en que estuvo. De sus reliquias se formó la que hoy subsiste á diligencias de los religiosos franciscanos, sus primeros misioneros y párrocos, que en aquel sitio labraron su iglesia y convento, y allí se fueron agregando algunos vecinos, que siempre fué su número muy inferior al de la antigua poblacion: porque el padre Torquemada, que escribió á principios del siglo pasado décimo séptimo, dice que entre la ciudad y sus aldeas no llegaba á mil vecinos; el dia de hoy no llegan á la mitad. Esta es sin duda la causa de haber parecido las historias de esta república, y no poderse hallar las noticias de su gobierno y policía, si no es aquellas que por incidencia escribieron los historiadores de las otras naciones.

Los de Tlaxcallan, aunque no escriben con tanta puntualidad y menudencia como los chichimecas y mejicanos, dan suficientes noticias de los mas principales sucesos, y han conservado hasta el dia de hoy la memoria de los nombres de las cuatro cabeceras de su ciudad, sin embargo de no llegar hoy su extension y poblacion á la centésima parte de lo que fué en su antigüedad, y en sus manuscritos refieren difusamente los nombres y sucesion de los señores que mandaron en ellas hasta la venida de los españoles, y aun despues de ella. Ya dejo dicho en el capítulo XXIV el estado á que habia llegado este reino en tiempo del emperador Techotlaltzin, en que habiendo muerto el primer rey Culhua Tecuhtli Quanex, dejó por sucesores igualmente á sus dos hijos que mandasen juntos el reino, y dividida entre los dos la capital, de suerte que Tézcallihuehue que era el mayor tuviese por corte y cabecera el antiguo barrio de Tepeticpac, y Cuicuitzcatl que era el segundo tuviese por corte y cabecera el barrio nuevo de Ocotelulco. En Tepeticpac reinó largo tiempo Tezcallihuehue, y por su muerte le sucedió su hijo Pantzintecuhtli, y á este despues de sus dias su primogénito Coccohtzin, que era el que por estos tiempos de que vamos hablando poseia este señorío.

En la cabecera de Ocotelulco reinó poco tiempo Cuicuitzcatl, y le heredó su hijo Papalotl, cuyo gobierno fué tambien de poca duracion. Sucedióle su hermano Teyohualminqui, príncipe de grande espíritu, inclinado á las armas, y deseoso de gloria militar: tuvo campo en que lucir su bizarría, porque algunas poblaciones se alteraron, pretendiendo substraerse de la obediencia, y negar el tributo á sus señores. Púsose en

campana con un competente ejército, y en poco tiempo los sujetó y redujo á su deber, castigando severamente á los mas culpados. Con tan buenos principios no quiso perder la ocasion de seguir el rumbo de su fortuna, y con su ejército victorioso entró por otras poblaciones libres, que vivian sujetas solamente á sus particulares señores ó caziques, y las conquistó y sujetó á la dominacion de Tlaxcallan, ampliando y dilatando sus confines. Volvió victorioso á su cabecera, adquirida tanta fama y reputacion que se grangeó los primeros aplausos, y obscureciendo en cierto modo el esplendor de la antigua cabecera de Tepeticpac, en que gobernaba Pantzintecuhtli, era ya la de Ocotelulco la que se llevaba las atenciones, sin embargo de que para el gobierno del reino mantenian entre sí ambos principes la misma union y conformidad que habian observado sus mayores.

Pero del gran espíritu de Teyohualminqui, y del universal aplauso que habia adquirido, podia temerse que volviese á reunir en sí toda la autoridad y el dominio monárquico. Atájole la muerte los pasos, porque á pocos años de gobierno, que no asignan cuantos, murió de enfermedad natural con mucho sentimiento y lágrimas de sus vasallos, y dejó el reino á su primogénito Tlailotlac Tecpantzin Tlacatecuhtli. Este gobernó muy pacíficamente, y fué muy amado de sus súbditos, pero poco tiempo; y por su muerte sucedió en el gobierno Acatentehuaque, al que unos hacen hijo y otros hermano del antecesor. Era este jóven de treinta años, que á un gran talento y capacidad juntaba un gallardo espíritu y aliento marcial.

Luego que entró en el gobierno resolvió seguir las pisadas de Teyohualminqui, prosiguiendo sus conqui-

tas para dilatar mas sus dominios y aumentar la gloria de su cabecera y casa de Ocotelulco. Púsose en campana con un buen ejército, y en poco tiempo conquistó muchas poblaciones, mas con la fama que con el rigor de las armas, y por consiguiente á muy poca costa. Restituyóse victorioso á su corte y lleno de aplausos, donde premió colmadamente á todos sus soldados, y tanto de lo heredado como de lo adquirido hizo muchas mercedes y donaciones de tierras y estados, con que desahogó su liberalidad, que era en él la prenda mas sobresaliente; y hubiera sido uno de los mas gloriosos principes, si su misma continuada prosperidad no le hubiera despeñado y conducido al precipicio, como luego veremos.

Este, pues, y Ccohtzin eran los que por estos tiempos se hallaban mandando esta república, con igual union y concordia que sus antecesores, y habian mantenido como ellos la buena amistad y alianza con los emperadores de Tezcoco. Por esta causa mandó Ixtlixochitl á su hijo Nezahualcoyotl que viniese á estas provincias, á impetrar el socorro de los señores de ellas, para recobrar su reino. Cumpliolo así el príncipe, y despues de la muerte de su padre tomó el camino, como ya dije, por sendas estraviadas para estas provincias, acompañado solamente de sus hermanos, sobrinos y muy pocos criados.

Así en Huexutzinco, donde llegó primero, como en Tlaxcallan, fué muy bien recibido de los señores de una y otra provincia, con muchas expresiones de afecto y compasion de su desgracia; y aunque nada inclinados á seguir el partido de Tetzotzomoc, á quien no habian querido jurar ni reconocer por emperador, con

todo no se atrevian á declararle la guerra, viéndole dueño de un numeroso ejército, y auxiliado de los señores mas poderosos, creyendo que no harian poco en unirse los de montes afuera, fortificándose en sus territorios para rechazarle si intentaba invadirlos, y no ir ellos á atacarle en sus tierras, sino solamente mantenerse sobre la defensiva; y así aconsejaron al príncipe que se estoviesse quedo, y procurase ocultarse hasta que variasen las cosas de aspecto, pues creyéndose Tetzotzomoc seguro ya en el trono desarmaria sus vasallos, y harian lo mismo sus aliados, no siéndoles necesario mantener tan numeroso ejército, y entretanto estos señores de montes afuera irian juntando tropa con secreto y disimulo para poder ayudarle en ocasion oportuna.

Condescendió el príncipe, acomodándose á lo que el tiempo ofrecia, y despues de haber estado allí algunos dias, volvió disfrazado á los estados imperiales y á los de los demas príncipes, corriendo de poblacion en poblacion, procurando informarse de todo, y explorar los ánimos así de la gente noble como del pueblo al favor de algunos confidentes que le ocultaban.

Hallábase en Tezcoco al tiempo de la publicacion del bando de Tetzotzomoc, y confundido entre la muchedumbre lo oyó, y entendió el anhelo con que el tirano perseguia su vida, y comprehendió el gran peligro en que estaba de que sus mismos confidentes, aterrizados con las amenazas de él, le descubriesen y entregasen; mas con todo, alentado de su bizarro corazon, no desistió de su empresa, corriendo incesantemente toda la tierra, aunque con mayor recato y cautela, introduciéndose con la gente vulgar, para inculcar sus ánimos y saber las novedades que corrian, lo que de él se

decia y pensaba, especialmente con aquellos que tenian entrada en las casas de la gente principal, variando siempre de ideas y disfraces para no ser conocido.

En este año, pues, de 1419 dicen que caminando Nezahualcoyotl para Chalco por sendas extraviadas, disfrazado y acompañado de muy pocos criados, por indagar de los chalcas, que estaban muy introducidos en la corte de Azcapuzalco, las ideas del tirano, y lo que se trataba en el negocio, estando ya inmediato á la ciudad de Chalcoatenco, dejó atras á los criados, y se adelantó él solo por hallarse muy fatigado de la sed, sin haber podido encontrar fuente ni arroyo en que apagarla; y viendo entre unos magueyes á una muger llamada Citlamiyah, que estaba recogido de ellos la agua miel de que se fabrica el pulque, bebida conocida en esta region, se llegó á ella y le pidió que le diese una poca, porque venia cansado de caminar y fatigado de la sed, sin haber hallado en todo el camino donde refrigerarla. Conocióla la muger, y no solo le negó la bebida, sino que empezó á dar voces diciendo: *Aquí está el príncipe Nezahualcoyotl; vengan á cogerlo.* Viéndose conocido, y que á las voces de la muger era preciso que acudiese alguna gente de la poblacion inmediata, ó de aquellos mismos que entraban y salian de ella al cultivo de sus campos, por ser la hora de medio dia, comenzó á rogarla con las mas humildes expresiones que callase y no pusiese á peligro su vida; que en nada la habia ofendido: que si no queria darle el agua miel, que no se la diese: que él no se enojaria por ello; pero que no porque llegaba á pedirla aquel corto alivio en su necesidad habia de procurarle la muerte.

Con estas y semejantes expresiones procuraba so-

segar á la muger, mas ella, sin darse por vencida, aumentaba sus voces, y esforzaba mas el grito para que la oyesen; y viendo el príncipe su terquedad, y que si se detenía allí mas tiempo habian de cargar sobre él, acudiendo á las voces de la muger, y si huía habian de seguirle por las señas que ella daría del camino que tomase, resolvió desembarazarse de todo y guardar su vida, dando muerte á la muger: y echando mano á su macana, del primer golpe le cortó la cabeza, y volvió á seguir su peregrinacion por sendas extraviadas.

De esta suerte refieren el suceso los autores nacionales que tengo entre manos; pero el padre Torquemada por los que adquirió para escribir su historia lo cuenta de otro modo. Dice que entró el príncipe efectivamente en Chalcoatenco, y se hospedó en casa de una señora viuda, muy principal, y deuda del señor de Chalco, llamada Tziltomiauh, la cual tenia unos grandes plantíos de magueyes de que extrahía gran cantidad de pulque, no solo para su gasto, sino tambien para vender, y como quiera que esto último era prohibido por las leyes promulgadas por los emperadores sus antecesores, se enojó tanto de esto que mató á la señora diciendo que aunque huía de un particular enemigo, que era Tetzotzomoc, no le acobardaban los comunes de la república, que eran los que mas la destruían, y la cosa mas perniciosa que los asolaba y bestializaba era el vino siendo en demasía, y que por esto habia de ser muerto el que causaba este daño. Que ejecutada la muerte, huyó Nezahualcoyotl, porque aunque el hecho le fué lícito (como á señor que era, si el tirano no le hubiese usurpado el poderío) y ejecutaba el castigo y pena de la ley, temió con todo que si el se-

ñor de Chalco le podia haber á las manos, le quitaría la vida (1).

¿Quién no ve en esta relacion la multitud de inconsecuencias y extravagancias que desde luego se presentan á los ojos? Un hombre despojado de sus estados, y perseguido de tantos enemigos, que anda disfrazado para guardar su vida á merced de un corto número de personas que le han quedado fieles, entre las cuales debemos suponer era una esta muger que le hospeda y oculta en su casa, le paga el hospedage con quitarle la vida, por la infraccion de una ley (si es que la habia, que yo tampoco la he encontrado en autor alguno nacional) cuya observancia no le tocaba á él en el dia cuidar, ni ménos exponerse tan imprudentemente á perder la vida por castigar aquel delito, que aunque en realidad lo fuese, y por él mereciese morir la muger, debia él usar de piedad con ella que le guardaba la vida, ocultándole en su casa, en medio de sus enemigos. Estas y otras inconsecuencias que advertirá el lector en esta narracion le persuadirán como á mí á que el que la dió al padre Torquemada le engañó, como en otras, y parece lo mas verosímil lo que dejo sentado, segun lo refieren los autores indios que tengo.

En el año siguiente señalado con el geroglífico de seis pedernales que fué el de 1420, siendo ya cumplido el año del indulto y libertad de contribuciones que Tetzotzomoc concedió á los aculhuas, mandó llamar á su corte á toda la gente principal de sus poblaciones, á quienes hizo saber el repartimiento que de ellas habia hecho entre las siete cabezas del imperio. Este fué en

(1) Torquemada lib. II, cap. XXIII, tom. 1, pág. 117.

ocho partes, dos íntegras para él, compuestas de aquellos pueblos que asignó, los cuales habian de acudir á su corte con todos los tributos, pensiones y servicio personal que daban al emperador Ixtlixochitl: y una parte á cada uno de los otros seis señores, compuesta de los pueblos mas inmediatos á sus capitales, á las cuales habian de acudir, y en ellas se habia de hacer la recoleccion de los tributos excepto el territorio que tocó á los reyes de Méjico y Tlatelolco, que por tener sus estados en la laguna separados del continente en que estaban los aculhuas, no lindaban con ellos; y así al de Méjico le señaló el territorio de la corte de Tezcoco con todos sus pueblos agregados, y la misma ciudad por caja para la recaudacion de tributos, y al de Tlatelolco el territorio de Huexotla, y su capital para caja: que cada uno de los seis señores se habia de hacer cargo de la recaudacion de tributos de los pueblos que le asignaba, de cuyo producto solo habia de gozar la tercia parte, y las otras dos tercias habia de entregar en la corte de Azcapuzalco á los recaudadores del emperador, y del mismo modo habia de entenderse por lo respectivo al servicio personal, que de los que debia dar cada pueblo, la tercia parte sirviese al señor á quien tocaba, y las otras dos fuesen á servir á Azcapuzalco en las obras á que los destinase. De suerte que, como dejo dicho ántes, la sagacidad de Tetzotzomoc engañó á estos señores, aparentando que se los daba todo, y en la realidad nada les dió: porque como ya vemos aquí, de las ocho partes en que dividió los estados imperiales, las dos enteramente las agregó á sus estados, así en cuanto al dominio como en cuanto al producto, y en las otras seis que repartió á sus colegas, en realidad

solo les dió el gobierno, reservando en sí el dominio, y de los productos les señaló solamente la tercera parte, en lugar de un salario ó sueldo por el trabajo que habian de impender en la recaudacion de los tributos. Estos los aumentó, recargando considerablemente á los vasallos en la cantidad de armas que cada pueblo debia contribuir en la plumería, ricas piezas de oro, piedras preciosas, mantas, y cantidad considerable de maderos, que debian ser de diez brazas de largo, una y media de ancho, y una de grueso, para las fábricas que emprendió en su corte.

Aumentó tambien el servicio personal, mandando que los que cada pueblo debia enviar no fuesen peones cualesquiera, como hasta entónces se habia acostumbrado, sino gente útil y oficiales buenos, carpinteros, albañiles y de los demas oficios que necesitase, y que enviase tambien mugeres, que hasta entónces tampoco se habia acostumbrado, y que estas fuesen hilanderas, tejedoras, y de los demas oficios ó ejercicios en que se ocupaban, para que en ellos trabajasen en el tiempo de su servidumbre.

El príncipe Nezahualcoyotl continuaba sus peregrinaciones por toda la tierra, sin hacer pie fijo en parte alguna; pero en todas, y especialmente en las capitales, sin exceptuar la corte de Azcapuzalco, tenia amigos, confidentes y criados leales, que le daban cuenta de cuanto pasaba, y cada dia se iba ganando nuevos partidarios, sin embargo de no faltarle enemigos que le persiguiesen, pensando adelantar su fortuna para con Tetzotzomoc con la ruina del príncipe; y así se vió en algunos peligros y ataques, de que su valor lo sacó con felicidad.

Sus tios los reyes de Méjico y Tlatelolco, que habian sido cómplices en la muerte de su padre, y en sus desgracias, compadecidos despues de sus infortunios, le favorecian secretamente, enviándole con frecuencia, por medio de los fieles criados que tenia en sus cortes, abundantes socorros para su manutencion, piezas de oro, y piedras preciosas; pero mas compasivas las reinas sus tias, emprendieron el empeño de pedir su vida al rey Tetzotzomoc, para cuyo efecto pasaron personalmente á Azcapuzalco, acompañadas de todas las señoras principales de ambas ciudades, llevando consigo gran cantidad de joyas, pedreria y pluma fina.

Llegaron al palacio de Tetzotzomoc, y haciéndole avisar que estaban allí las reinas de Méjico y Tlatelolco con todas las señoras principales de ambas ciudades que querian hablarle, le sorprendió la novedad, mandó que entraran á la pieza donde estaba, y de donde no podia ya moverse por sí solo, porque su crecida edad le tenia tan inválido, que para ir de una parte á otra le cargaban en una silla que tenian, compuesta y aderezada con algodón para que no le lastimase, y de este modo le sacaban cada día muchas horas al sol. Sin embargo en la forma que pudo las manifestó su benevolencia y agrado, preguntándoles el fin de su venida. Hicieron ellas el acatamiento debido á la magestad y grandeza con que era venerado, poniéndose de rodillas, y le ofrecieron los regalos que llevaban prevenidos, proponiéndole al mismo tiempo su pretension con expresiones muy rendidas, haciéndole presente el miserable estado en que se hallaba el jóven príncipe, que en nada le habia ofendido, perseguido y prófugo, sin amparo alguno, tropezando á cada paso con las som-

bras de la muerte, obligado á huir de tantos como intentaban quitarle la vida, sin hallar seguridad ni aun en lo mas oculto de los bosques; que se compadeciese de sus desdichas, y pues habia quedado ya despojado del reino, le perdonase la vida: que al fin era su sangre, y no era propio de un tan gran príncipe llevar tan al cabo la venganza y el castigo.

Estas y otras semejantes bien sentidas expresiones, y la autoridad y respeto de las personas que las hacian, obligaron á Tetzotzomoc á otorgarles su peticion, perdonando la vida al príncipe, mas con la calidad de que habia de venir á vivir á la ciudad de Méjico, de donde no habia de salir sin expresa licencia suya. Rindiéronle las señoras muchas gracias, y se restituyeron muy contentas á sus cortes, desde donde despacharon luego sus mensajeros que avisasen al príncipe, y le condujesen y acompañasen hasta Méjico para la seguridad de su persona.

Hallábase á la sazón el príncipe Nezahualcoyotl en el bosque de Poyauhtlan, acompañado de algunos caballeros y criados de su mayor confianza, entre los cuales los principales eran Quetzalixtli, Coyohuatzin, Cemilhuitzin, Totzmoltzin y Costolomitzin; y ántes que llegaran los mensajeros de las reinas tuvo la noticia muy individual por los que le despacharon los criados que tenia ocultos en Azcapuzalco, los cuales al punto que la supieron despacharon en diligencia sus mensajeros, y entendida por el príncipe la novedad, determinó partir inmediatamente para Méjico, como efectivamente lo ejecutó acompañándole todos aquellos caballeros que le asistian, y en Quauhtlalpan encontró á los mensajeros de sus tias, á quienes recibió con mu-

cho agrado, y respondió con aquellas expresiones de gratitud correspondientes al favor que les había debido, y acompañado de ellos continuó su viaje hasta Méjico, siendo bien admitido en todos los lugares por donde pasaba, y hallando en todas partes muchos afectos y parciales.

Llegó á Méjico, donde fué recibido con mucho aplauso y regocijo así entre ambos reyes y reinas que juntos le esperaban, como de todos los principales señores de ambas cortes y del pueblo que se juntó en gran número á su llegada. Dió á sus tias los agradecimientos del beneficio que por sus manos acababa de recibir con las mas vivas expresiones que le dictó su gran talento y cordura, y con aquella gracia y gallardía que le era natural, con que atraía los afectos, y se hacia dueño de las voluntades de cuantos le trataban, y con la misma cumplimentó á los reyes y á los demas señores de una y otra corte, quedando todos sumamente pagados y satisfechos de su cortesanía y agrado.

Dos años se mantuvo en Méjico, sin salir un paso de la ciudad, pero desde ella continuaba sus negociaciones por medio de sus confidentes, y se iba aumentando cada dia en todas partes el número de sus parciales, mas con tal secreto y disimulo que nada se traslucía en la corte de Azcapuzalco, ántes por el contrario se persuadian el tirano y los suyos á que estaba casi muérta en los corazones la lealtad á Nezahualcoyotl y que nadie hacia caso de él ni se acordaba de su antigua fortuna. Viendo esto las señoras mejicanas, á quienes al amor natural se había agregado el adquirido con la comunicacion del príncipe, cuyas relevantes prendas le hacian muy amable hicieron nuevo empeño

en librtarle de aquella especie de prision que sufría, no pudiendo salir del recinto de Méjico, y se dieron tan buena maña para con el tirano, que no solo consiguieron que le permitiese salir de la ciudad, sino ir á la de Tezcoco, donde mandó darles para su habitacion en ella el palacio de Cilan. uno de los mejores que tenían allí los emperadores sus padres, y el señorío de ciertos lugarcitos, aunque pequeños y de poca consideracion, inmediatos á Tezcoco, y su producto para mantenerse, permitiéndole que pudiese andar por ellos, ir y venir de Tezcoco á Méjico, mas no pudiese ir á otra alguna parte ni lugar fuera de los expresados, imponiéndole cierta pena, que no dicen cual era, si quebrantase esta orden. Con este permiso iba y venia francamente, y con frecuencia de Méjico á Tezcoco, y no perdía ocasion ni coyuntura de adelantar sus negociaciones.

CAPITULO XXXIX.

De dos sueños que tuvo el tirano, y la interpretacion que le dieron sus adivinos. Conociendo que estaba cercano á morir, llama á sus tres hijos, y les ordena que quiten la vida á Nezahualcoyotl cuando venga á asistir á sus funerales. Sintiendo mas agravado, hace convocar á los príncipes sus parciales, y nombra por sucesor en su monarquía al hijo segundo, exheredando al primogénito, y muere al dia siguiente.

A los fines del año de doce conejos, que correspondió al de 1426, que por ser á fines de él debemos suponer que era ya enero del nuestro de 1427, hallán-